

cantamiento en la caja oscura donde la luz trabaja para producir las fotografías....

Pero en todo esto se ve á Dios.

¿Dónde está la invencion verdaderamente humana? Vuelvo á repetirlo: ¿dónde está la noción filosófica encontrada por los revolucionarios?

¡Nada! En este punto son verdaderamente menos ricos que la más indigente de las heregías, cuyos repugnantes cadáveres se pudren en la fosa á lo largo del gran camino del Catolicismo. Ha habido heregías que han durado siglos; las hay que duran todavía para desdicha del mundo; pero ellos, los devotos de la materia, los *sistematizadores* del bienestar matemático, los buscadores del binomio que ha de reemplazar á Dios en su Iglesia vacía y la libertad en su república esclava, ¡nada! ¡nada!

¡Nada! Los que viven desde hace cincuenta años han visto desfilas por millares las utopías, horrosas unas veces y ridiculas otras, de estos sectarios; las han visto exhibirse sin vergüenza en toda la obscenidad de su estupidez, anunciarse á voz en grito, ponerse carteles, agitar sus banderas, pintarrajar sus

barracas como las de los charlatanes en la feria, y desaparecer sumergidas en las olas de una nueva estupidez que venia á sucederles.

¿Qué hay en el fondo de todo esto? Un comercio. El comercio de las gentes que no queriendo creer en el desinterés del verdadero apostolado, se convierten en apóstoles de todo linaje de engaños para ganar reputación, influencia ó dinero; el comercio de Voltaire, y tambien el comercio de las clases, de las sectas, de los privilegios; el comercio ¡ay! de la corte de Francia en el siglo XVIII, de los protestantes, de los jansenitas y de los Parla-mentos.

¿Ha de decirse por esto que para combatir semejante invasion del charlatanismo de la clase media, que apenas acababa de nacer y se mostraba ya tan pujante, no se podian emplear otros esfuerzos que los de la Compañía de Jesús? No es esta, ciertamente, nuestra opinion. La Compañía de Jesús no es más que un batallon de la gran milicia de la Iglesia; y la Iglesia conserva toda su virtud providencial, sin necesidad de la Compañía de Jesús, sin necesidad de todo lo que no es la Iglesia misma: mas pues hemos hablado de ejército á



propósito de la Iglesia, es preciso contar con el elemento de todo ejército: con el soldado.

Podía haber ciertamente en el ejército de la Iglesia tan buenos soldados como los Compañeros de Jesús, pero no los había mejores, y su fuerza estaba centuplicada por esa maravillosa disciplina, á la cual han rendido párias unánimemente todos sus adversarios. A causa de esta disciplina, que los agrupaba como un solo haz en el centro de la Iglesia, eran como el corazón de la Iglesia misma, y por esto, unidos y apretados también en estrecha falange los enemigos de la Iglesia, se lanzaron haciendo un supremo esfuerzo sobre este corazón. Cuando la Iglesia no murió de este ataque, fué porque es inmortal.

No solo no murió la Iglesia á consecuencia de él, pero ni aún siquiera se conmovió; mas todo lo que no era de la Iglesia y vivía de la Iglesia, sin saberlo y aún negándolo, los tronos, las castas, los Parlamentos, todo..... todo se tambaleó, languideció y cayó.

El castigo más severo que se puede imponer,

no solo á la memoria de Choiseul, cuya parcialidad pesó como una losa de plomo sobre la conciencia del Parlamento, sino al Parlamento mismo, es la publicacion íntegra de la sentencia de expulsion de los Jesuitas, y de sus considerandos. El genio cómico de Molière no hubiera inventado jamás tan grande y ridícula aglomeracion de calificativos, como la que contiene este monumento de inaudita mala fé, de ignorancia y de impotencia.

El Parlamento era una corporacion ilustrada, y cuando empleamos al hablar de ella la palabra ignorancia, no lo hacemos por no saber ó no reconocer que contenia en su seno á los jurisconsultos más *fuertes en derecho* que habia en Francia y quizá en Europa; pero además de estar viciado el equilibrio de sus votos por crecido número de jóvenes cortesanos, hechura, según era público, de la Pompadour, cuya pestilente influencia se dejaba sentir en todas partes, es lo cierto que la teología medida por sorpresa y á empujones en el santuario semi-pagano de Temis; causó en él las mayores perturbaciones y dió al punto lugar á la más estúpida de todas las pedanterías. Estos arlequines, almas condenadas de Antoi-



nette Poisson, disfrazados de Padres de Concilio, no ofrecerian á la imaginacion otra idea que la de un Carnaval, si no hubiesen sido tan funestas las consecuencias de la mascarada.

El 6 de Agosto de 1762, el Parlamento, juzgando esta gran causa en una sola sesion y sin cuidarse nada ó casi nada del fondo del proceso, dictó una sentencia, cuya extension basta para darle el carácter de un libelo arreglado de antemano, en la cual declara «que la llamada Compañía de Jesús es inadmisibile en todo Estado culto como contraria al derecho natural, atentatoria á toda autoridad espiritual y temporal, y que tiende á introducirse en la Iglesia y en los Estados, bajo el especioso velo de un instituto religioso, no una Orden que aspira verdadera y únicamente á la perfeccion evangélica, sino un cuerpo político (1), cuya esencia consiste en trabajar

(1) Se habia puesto al principio la palabra *secreto*, y el presidente Rolland, el mismo que fué desbalijado más tarde por la truhanería jansenista, (la famosa *cá'a de Perrette*), habia comparado á los Jesuitas con los francmasones, los cuales daban que decir desde el atentado de Damiens.

incesantemente para alcanzar por cualquier medio que sea, directo é indirecto, público ó secreto, una absoluta independendencia, en primer término; y llegar despues á usurpar toda autoridad.»

Todo lo cual era, si no vago, enfático y contrario al sentido comun, pues esta Orden, calificada de «atentatoria á toda autoridad espiritual,» era defendida á un mismo tiempo por la Santa Sede, por el Consejo apostólico en pleno, y por todo el Clero de Francia con los Obispos á su cabeza.

Lo que sigue es más curioso todavía, pues expresa los crímenes de los cuales se acusa á los Jesuitas. «La simonía, la blasfemia, el sacrilegio, la MÁGIA y el MALEFICIO, la *astrologia*, toda suerte de irreligion, la *idolatria* y la supersticion, la *deshonestidad*..... el robo, el paricidio, el homicidio, el suicidio y el regicidio.»

»Y estos crímenes, se añadía, no solo los cometen, sino que los defienden en principio como licitos, *con la aprobacion de sus superiores y generales.*»

¿Qué se habia hecho del Bearnés, que tan bien sabia burlarse de la hipocresía de los Parlamentos? Si hubiese ocupado entonces el



trono de Francia, no diré un Enrique IV, ni la mitad, ni la cuarta parte, sino la décima, la centésima parte siquiera de un rey.... ¡Pero desgraciadamente lo ocupaba Luis XV, entre la Pompadour y Choiseul!

Costó trabajo á los judíos, dice el Evangelio, reunir testigos falsos que declararan contra Nuestro Señor. El Parlamento de París no pudo hallar tampoco, al parecer, sino grandes dificultades en las fuentes de su inaudita sentencia, pues el mismo presidente Rolland, de quien hablamos poco há, cuando persiguió en justicia á los jansenistas por haber escamoteado en sus austeros bolsillos la herencia de su tío Rouillé des Filletieres, se quejó amargamente: *de haber gastado más de sesenta mil libras de su bolsillo en el asunto de los Jesuitas*, y añadió candorosamente: «¡Ciertamente que los trabajos que he prestado respecto de los Jesuitas, los cuales no habrían sido *extinguidos* (¡suave palabra!) si yo no hubiese consagrado á esta tarea mi tiempo y mi dinero, no debían haberme procurado la desheredación de mi tío!»

¡El desdichado presidente tenía sus razones para llorar la ingratitud de los jansenis-

tas; la caja de Perrette no se había mostrado muy amable con él!

¡Vergonzosa y lamentable comedia la que representó el Parlamento de los d'Aguesseau, de los Lamoignon y de los Molé! ¡Siquiera Pombal adoptó por sí mismo la sentencia y no deshonró á la justicia de su país!

Pero prosigamos con los considerandos de la sentencia de Choiseul; es preciso leerlos para creer que hayan podido escribirse: «Sus doctrinas han sido siempre favorables al cisma griego, y contrarias al dogma del Espíritu Santo; han favorecido al arrianismo, al socinianismo; al sabelianismo y al nestorianismo; han atacado la creencia en algunos dogmas relativos á la gerarquía y á los ritos del sacrificio y del sacramento; han echado por tierra la autoridad de la Iglesia y de la Sede Apostólica; han favorecido á los luteranos (1), á los calvinistas y á otros novadores del siglo XVI; han reproducido la herejía de Wiclef; han renovado los errores de Tichonio, de Pelagio, de los semi-pelagianos, de Casiano, de Fausto, de los

(1) ¿Quién lo hubiese creído?



Marselleses; han añadido la blasfemia á la herejía; sus doctrinas son injuriosas á los Santos Padres, á los Apóstoles, á Abraham, á los Profetas, á San Juan Bautista y á los Angeles; ultrajan y blasfeman de la Bienaventurada Virgen María; quebrantan los fundamentos de la fé cristiana; tienden á destruir la divinidad de Jesucristo, y atacan el misterio de la Redencion; han favorecido la impiedad de los deístas; están inficionadas del epicureismo; han enseñado á los hombres á vivir como bestias, y á los cristianos á vivir como paganos; han ofendido los oídos castos, alimentando la concupiscencia é induciendo á la tentacion y á los más grandes pecados; han eludido la ley divina por medio de ventas falsas, de sociedades simuladas y de otros artificios y fraudes de este género; han paliado la usura; han inducido á los fieles á la prevaricacion; son á propósito para fomentar artificios diabólicos; han turbado la paz de las familias; han añadido el arte de engañar á la iniquidad del robo; han destruido la fidelidad de los criados; han abierto el camino á la violacion de todas las leyes, así civiles como eclesiásticas ó apostólicas; son injuriosas para

con los soberanos y los Gobiernos, y hacen depender de vanos sistemas y razonamientos la vida de los hombres y la regla de las costumbres; han escusado la venganza y el homicidio; han aprobado la crueldad y las venganzas personales; son contrarias al segundo mandamiento de la caridad, y han ahogado hasta en los padres y los hijos todo sentimiento de humanidad; son execrables, contrarias al amor filial; han abierto el camino á la avaricia y á la crueldad; son á propósito para dar lugar á homicidios y parricidios inauditos; abiertamente opuestas al Decálogo; fomentan los asesinatos; amenazan á los magistrados y á la sociedad humana con una perdicion cierta; son contrarias á las máximas del Evangelio, á los ejemplos de Jesucristo, á la doctrina de los Apóstoles, á las opiniones de los Santos Padres, á las decisiones de la Iglesia, á la seguridad de la vida y del honor de los príncipes, de sus ministros y de sus magistrados, á la paz de las familias, al buen orden de la sociedad civil; son sediciosas, contrarias al derecho natural, al derecho divino, al derecho positivo y al derecho de gentes; franquean el camino al fanatismo y á carnicerías



horribles; son perturbadoras de la sociedad humana; crean un peligro permanente para la vida de los reyes, doctrinas cuyo veneno es tan peligroso como lo acreditan sobradamente sus sacrílegos efectos, que no se han podido ver sin horror.» ¡Uf!!!

Nunca, seguramente, han amontonado tal cúmulo de lastimosas burlas los periódicos enemigos de los Jesuitas; nada hay comparable con esta sentencia extraordinariamente absurda, á no ser su infamia.

Pero hubo algo más infame que la sentencia misma: fué el inútil rigor con que se llevó á cabo su ejecucion. El rey se entristeció y se conmovió tanto como podía. El Delfin entrevió las siniestras perspectivas del porvenir, y murió poco tiempo despues. Las acusaciones formuladas por la conciencia pública contra M. de Choiseul por lo que se refiere á esta muerte, no fueron probadas; pero Horacio Walpole escribia (Octubre de 1765): «Pocos dias de vida quedan, seguramente, al Delfin. *Los filósofos baten palmas de alegría.*»

Lacretelle, al contrario, hace constar el luto inmenso de París. Los filósofos y el pueblo

sabian con qué ardor trabajaba el Delfin por el restablecimiento de los Jesuitas, quienes eran populares en toda la extension de la palabra, y tenian además en su favor á la reina, á Estanislao de Polonia y al mismo rey, si con él se contaba para algo. El rey habia escrito á M. de Choiseul: «Todos los herejes los han de testado siempre.» Choiseul sabia bastante bien la historia moderna para ignorarlo, y ciertamente no era esta una razon para que los quisiese bien.

Escuchemos una gran voz; Lamennais, hablando á medio siglo de distancia (1820): «Lo sabian,» exclama; (la abnegacion de la Orden en bien de la Religion y de la humanidad) «lo sabian, los que la han destruido, y esto era en ellos una razon para destruirla, como lo es para nosotros de pagarle, al ménos, el tributo de gratitud que se merece por tantos beneficios.»

¡Ah! ¿quién podría contarlos todos? Por largo tiempo se notará el vacío inmenso que dejaron en la Cristiandad estos hombres, ávidos de sacrificios, como los demás lo son de goces, y se trabajará largo tiempo en llenar su vacío. ¿Quién los ha reemplazado en nues-



tras cátedras? ¿Quién los reemplazará en nuestros colegios? ¿Quién se ofrecerá en su lugar para llevar la fé y la civilizacion, con el amor del nombre francés, á los bosques de América ó á los vastos continentes de Asia, tantas veces regados con su sangre? Se les acusa de ambicion: sin duda la tenian; y ¿qué cuerpo no la tiene? Su ambicion era hacer el bien, todo el bien que estaba en sus facultades; y ¿quién no sabe que frecuentemente esto es lo que los hombres perdonan ménos? Querian dominar en todas partes: y ¿dónde dominaban, si no es en las regiones del Nuevo-Mundo, en que por primera y última vez viéronse realizadas bajo su influencia esas ilusiones de ventura que solo se perdonan á la imaginacion de los poetas? Eran peligrosos á los soberanos: ¿está bien esta acusacion en lábios de la filosofia? Sea lo que quiera; abro la historia, veo allí acusaciones, busco las pruebas, y no encuentro sino una sorprendente justificacion.

Esta página, sacada de las *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia de Francia en el siglo XVIII*, precedió muy poco al restablecimiento de los Jesuitas, que tuvo lugar de he-

cho, pero sin haber sido sancionado por el Gobierno tan cristiano de los Borbones. Bajo la restauracion, la sombra de Choiseul rondaba todavía por los corredores de los ministerios.

De esta suerte, las puertas de la Administracion se encontraron entreabiertas en la hora oportuna para dar paso al motin de la clase media, conocido con el nombre de la revolucion de 1830....

Pero volvamos á fines del siglo XVIII, y dejemos á Francia para ir á España, donde nos seguirá hasta más allá de los Pirineos la sombra de Choiseul. Nada habia podido saciar la sed de ódio que consumia el corazon de este hombre, y Sismondi, despues de admirarse de la rapidez con que la persecucion se estendia de uno á otro país, lo explica de esta suerte: «Choiseul (1) consideraba esta persecucion como negocio personal. Procuraba, sobre todo, hacerlos expulsar de todos los Estados

(1) *Historia de los franceses*, tomo XXIX, página 369.



de la casa de Borbon.....» La razon era que Choiseul odiaba á los Borbones tanto como á los Jesuitas. Minaba y socavaba el trono lo mismo que el altar. Sus dientes de roedor pudieron morder la madera dorada del trono, pero se rompieron contra la piedra del altar. El trono habia menester de los Jesuitas, es decir, de la educacion; por esto bastó que fuera envenenada la generacion que siguió á la expulsion de los Jesuitas para que el trono cayera por tierra.

El altar, que no necesitaba de nadie, permaneció de pié, levantándose milagrosamente en medio de las ruinas.

Choiseul, causa principal de las humillaciones de Francia, resúmen tÍbio y almibarado de todos los furores anticatólicos, es decir, antinacionales; Choiseul, más dañino y más culpable que el mismo Voltaire, porque era más responsable y al mismo tiempo más interesado; Choiseul, por más que hizo, *non pravaluit*: sus tareas dieron lugar á un desastre imprevisto, que lo aterrizó en su última hora; pero en su última hora vió al altar y á la lámpara del altar elevarse hasta las nubes, dominar el desastre y glorificar á Dios más

de cerca con el incienso que brotaba de la muerte de los mártires. *Non pravaluit*: no habia hecho nada. *Non prvalebunt*: ¡no harán nada! ¡Nada es poderoso contra la Iglesia, que es la piedra de Jesucristo!

En la singular Memoria que M. de Choiseul, inquieto, pero no arrepentido, dirigió en el reinado siguiente á Luis XVI, de la cual hemos citado ya algunas líneas, acusa «á lo sucedido en España de haber sido la única causa de la caída de la Compañía, en Francia.» Fuera de que las fechas dan un mentís vergonzoso á esta justificacion pueril y poco digna de un hombre de Estado, notable cuando menos por los escombros que habia amontonado en su camino y las grandes heridas que habia hecho á su patria (1), el dicho de M. de

---

(1) La historia de este ministro, tal como la cuentan los diccionarios destinados á la juventud, es un modelo en su género, se ve en ella á un hombre bien educado (lo cual es cierto), dotado de talento (y es verdad), *aficionado á las letras* (escribió muchas al extranjero), administrador hábil (á la manera del famoso intendente que vendió el castillo); y la juventud tiene que creer, segun el diccionario, que este gentil-hombre expulsó á los Jesuitas por haber hecho la fortuna colonial de Inglaterra,



Choiseul está suficientemente refutado por los hechos. No solamente no sirvió de norma lo «sucedido en España» á la conducta del ministro francés, pero está demostrado que el ministro francés fué, si no el autor, al menos el instigador de lo sucedido en España.

Cárlos III no se parecía nada, en efecto, ni á José Manuel, ni á Luis XV; era un hombre, era un rey, y hasta un cristiano; recordamos que, lejos de ser enemigo sistemático de los Jesuitas, hizo quemar ignominiosamente los primeros libelos de Pombal contra la Compañía. Para empujar á este príncipe hasta los excesos de la más furiosa persecucion contra los Jesuitas, era necesaria una intriga, hábilmente preparada; para la intriga, era necesario un personaje, que los amantes de nuestro teatro popular llaman *el traidor*, y que es

---

por haber servido á Austria sin perjudicar á Prusia, engordado á la Pompadour, hecho traicion al Canadá, perdido á la India, cedido la Luisiania, arruinado á Francia, etc., es decir, por haber hecho todo lo que hizo Choiseul; tan hipócritamente, como suelen hacerlo todo, con las manos metidas en las mangas de sus sotanas. Este es el arte de mentir con moderacion y sin vergüenza, con aprobacion y privilegio del rey..... de Prusia.

la personificacion del mal *dotado de talento*, como el Mefistófeles de Goëthe.

Este traidor existió.

Los hechos históricos revisten aquí un color tal, que no pueden ser explicados con garantía de imparcialidad sino por las plumas no católicas. La menor frase, tomada de un escritor amigo de la Religion, seria sospechosa. Que este relato, pues, sea escrito del principio hasta el fin con tinta protestante.

Hubo en Madrid en 1766, más de treinta años despues *del suceso* de Francia que habia dado el golpe á los *llamados ántes* los Jesuitas, como decía el Parlamento, empleando ya el lenguaje del 93, hubo en Madrid, decimos, un motin bastante ruidoso, llamado *de los sombreros*, cuyo motivo frívolo y aparente importa poco aquí, pero que tenia ocultos sus orígenes en Lisboa y en Paris. La autoridad real fué un instante desconocida, y Cárlos III se vió obligado á retirarse á Aranjuez, protegido con trabajo por sus guardias walonas.

El motin que no habian conseguido apaciguar los regimientos de Flándes, ni la Guardia, fué sofocado por los Jesuitas, todavía más populares en España que en Francia, y ro-



deados del favor y prestigio público, la cosa no salió bien, pues por desgracia, la multitud lo acompañó en triunfo hasta sus casas, gritando: ¡Vivan los Padres!

Cárlos III tenía muy bellas cualidades, pero era celoso y altivo como un castellano. Él había huido, los Padres habían dominado al pueblo que acababa de ponerlo en fuga. En el momento de su mayor cólera, le llegó de París una voz que decía: «A los Jesuitas les ha costado tan poco calmar el motin, porque eran *los que lo habían excitado.*»

Por entonces, M. de Choiseul había ganado desde hacia algun tiempo el favor de Cárlos III, concediendo á sus embajadores la preferencia sobre los embajadores de Francia. Lo que era de Francia no le costaba nada á M. de Choiseul, tan pródigo de nuestro honor como de nuestra Hacienda.

Después del asunto de los sombreros, un ministerio, amigo de M. de Choiseul (y sobre todo de la enciclopedia) fué constituido en Aranjuez mismo. El jefe de este Gabinete era un diplomático muy distinguido, un tal Abarca de Bolea, conde de Aranda, á quien el luterano

Schoell presenta como desvanecido por las alabanzas que París, incrédulo, le prodigaba. Su colega, el duque de Alba, era un verdadero veterano de la filosofía y poco escrupuloso sobre la eleccion de los medios, cuando se trataba de herir al *infame*, pues un segundo protestante, Cristóbal de Murr, nos lo presenta (1) fabricando cartas falsas, que atribuía á los Jesuitas.

Empezando por Pombal, todos los perseguidores de la Compañía estaban adornados de cualidades morales parecidas, y esto es lo que nos importa hacer constar *heréticamente*. Según Cristóbal de Murr, el duque de Alba, arrepentido, declaró á Cárlos III por escrito las falsedades cometidas por él en el asunto de los Jesuitas. Además, declaró delante del Obispo de Salamanca, gran inquisidor, *que habia fomentado el motin de los sombreros con el objeto de imputárselo á los Jesuitas.*

Estamos aquí, como veis, en un mundo asqueroso hasta no poder más, aunque estos filósofos españoles, lejos de ser de la clase

(1) Tomo IX del Periódico, p. 222.



media como los nuestros, tuviesen ejecutorias que vender.

Pero era necesaria otra cosa más que el motin de Madrid para destruir la simpatía que ligaba al ferviente católico Carlos III con la Compañía de Jesús. Un tercer protestante, el historiador inglés Coxe, nos arroja de repente en una romancesca maniobra, tomada de muy lejos, y que pone en escena á M. de Choiseul: «Desde 1764, el ministerio francés (1) se propuso destruir tambien los Jesuitas en los demás países, sobre todo en España..... Choiseul les atribuía todas las faltas que podían acarrear la desgracia de la Orden. No tuvo el menor escrúpulo en hacer circular cartas apócrifas bajo el nombre de su general y de otros superiores, y en exparcir odiosas calumnias contra algunos individuos de la sociedad.»

Estas calumnias se dirigían en realidad contra el rey y contra Isabel de Farnesio, su madre, mujer de Felipe V. Esto nos recuerda la carta fabricada y firmada con el nombre de

(1) *España bajo los reyes de la casa de Borbon*, tomo V, p. 4.

Ricci, general de la Compañía, por el duque de Alba. La intriga, como se vé, estaba fuertemente anudada, y Coxe, trocando las responsabilidades, atribuye á M. de Choiseul la acusacion de ilegitimidad lanzada contra Carlos III por la supuesta correspondencia del Padre Ricci.

No creo que la falsa procedencia de estas cartas haya sido negada por un solo historiador, amigo ó enemigo de la Compañía. Solamente algun protestante le atribuye la falsedad al duque de Alba; otro al ministro francés. Este proceso no vale la pena de ser juzgado.

Coxe habla de otra carta falsa del Padre general: «Se inventó (1) una carta, que se suponía haber sido escrita de Roma al Provincial de España. Aquella carta le ordenaba excitar insurrecciones, y habia sido enviada de suerte que *pudiera interceptarse*: se hablaba en ella de riquezas inmensas y de propiedades de la Orden; este era un cebo para obtener su abolicion..... Pero la causa principal de su expulsion (de los Jesuitas) fué el éxito de los medios empleados para hacer creer al rey que

(1) *Ibid*, p. 9.



el motin de Madrid habia tenido lugar por sus intrigas, y que aún fomentaban otras maquinaciones contra su familia y su persona.... Carlos, de celoso protector que era, se convirtió para ellos en un implacable enemigo.... se apresuró á seguir al Gobierno francés, y arrojó de sus Estados á una sociedad tan peligrosa.»

De esta suerte, avergonzado de haber huido, avergonzado de haber sido socorrido, avergonzado de su nacimiento, tachado de ilegítimo, el orgulloso hijo de Felipe V estaba por todas partes aguijoneado como un toro; los *picadores de París* y de Madrid le azuzaban, y sabían desempeñar semejante tarea. No era necesario que las cartas apócrifas hubieran excitado sus temores; bastaban las heridas de su vanidad.

Un cuarto protestante, Ranke, añade sin embargo: «Se persuadió á Carlos III que los Jesuitas querían reemplazarle en el trono por su hermano D. Luis,» como los Jesuitas querían poner á D. Pedro en lugar de José en Portugal: cuando una perfidia es buena ¿para qué cambiarla?

Un quinto protestante, Sismondi, va más

lejos. «Ruidos de complots (1), calumniosas acusaciones, cartas apócrifas, destinadas á ser interceptadas, como en efecto lo fueron, acabaron de decidir al rey.»

Un sexto, por fin, el inglés Adam, aunque un poco temeroso de herir las conveniencias (inglesas), cree posible poner en duda (2) los crímenes y malas intenciones atribuidas á los Jesuitas, y declara «más natural creer que un partido enemigo, no solamente de su establecimiento, sino tambien de la Religión cristiana en general, suscitó una ruina, á la cual se prestaron los Gobiernos con tanta mejor voluntad, cuanto que elló favorecía sus intereses.»

Atengámonos á esta media docena de testigos protestantes, aunque tambien hay otros.

Pombal, con la audacia que le era propia, habia tomado la justicia por su mano, nombrándose magistrado; Choiseul, mejor cómico, se habia escondido entre los bastidores para dirigir la farsa de sus Parlamentos en los teatros judiciales de París y de provincias. El conde de Aranda no usó de tantos rodeos.

(1) *Historia de los Franceses*, t. XXIX; p. 370.

(2) *Historia de España*, t. IV, p. 271.



Algunas líneas con la firma *Yo, el rey*, bastaron para el caso.

Con esta letra de cambio arrancada al error de un príncipe, á quien sofocaba la fiebre de venganza, el ministro español puso manos á la obra, y sobrepujo en crueldad á grandes y pequeños, y hasta al mismo M. de Choiseul. Hubo emulacion manifiesta. El hidalgo queria rivalizar con el gentil-hombre y hacer ver á los señores de la *Enciclopedia* que el país del mismo Ignacio de Loyola, tratado químicamente por las *ideas generosas*, podia llegar á los mismos excesos que la pátria de San Vicente de Paul, medicinada por la filantropía.

Y el conde de Aranda no habia presumido bastante de sus méritos. En esta campaña de persecucion contra religiosos desarmados, quienes, lejos de defenderse, rogaban ardientemente por sus verdugos (1), desplegó el valor del Cid. Dejando á un lado el tormento, el potro y la hoguera, reservados al ingenio de Pombal, el ministro español llevó su filosofía hasta los límites de la arbitrariedad más repugnante, y arrojó en un solo dia seis mil

(1) ¡Jesuitas!!!

Sacerdotes en la cala de buques, inutilizados los más, y que hacian agua por todas partes. Hubo algunos que fué preciso descargar, porque amenazaban hundirse áun antes de hacerse á la vela.

Lo mismo que en Portugal y en Francia, se hicieron promesas muy halagüeñas á los miembros de la Compañía que quisiesen abjurar de sus votos. No es necesario añadir que estas promesas fueron inútiles. Apenas en la Península y en las colonias, entre más de seis mil religiosos, hubo algunas deserciones, cuyo pequenísimó número sorprende á los escritores protestantes que hemos citado.

No hablaremos ni de la paciencia de las víctimas, ni de la gratuita dureza de los atormentadores. ¿Para qué? Los unos y los otros obraban segun su condicion; pero debemos decir, que la pension señalada á los Jesuitas españoles por España que confiscaba el inmenso caudal de los pobres, fué algo menos ridícula que la limosna arrojada á los Jesuitas de Francia por los Parlamentos-Choiseul. Cada Padre español recibió 100 pesetas por año, en vez de los 20, 18 y 12 sueldos diarios que se daban á nuestros Padres, en un país donde